



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 921 5

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rett, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.º 1 (Paseo de Recoletos.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIO

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 18.301.675,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

MARTES 19 DE JULIO DE 1892.

MOSAICOS.

Más de mil dibujos diferentes en las tres clases que hoy se fabrican, en madera, barro cocido y cemento hidráulico.

Precios directos de las respectivas fábricas.

Museo Comercial.—Puerta de Murcia 38-40 y 42. Passage Conesa.

EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

Poco menos que desnudo y á pie descalzo caminaba por áspera y empinada senda un joven de robusto aspecto, revelando en su semblante y en su andar profundo cansancio.

No muy lejos le seguía montado en brioso caballo otro hombre en la plenitud de la vida, alto, fuerte, vigoroso, quien apenas divisó al que le precedía, espoleó su cabalgadura sintiendo deseo instintivo de alcanzarle, y consiguiéndolo con tanta rapidez como era consiguiente á las mejores condiciones en que para marchar se encontraba colocado.

con casas, con barcos, con fábricas, con ganados, con objetos de arte, con minas, en fin, con todo lo que la humanidad necesita para vivir dichosa.

—Entonces eres muy rico: serás muy feliz cuando contemples el bienestar que á la humanidad proporcionas, y ésta te estará por él agradecida. ¿No es así?

—Muy lejos de esto: la humanidad, que aprovecha las ventajas todas que yo le proporciono, me califica de tirano, porque la ley natural le impele á buscar mi ayuda, y al emplearla, vive más feliz que sin ella: me detesta y me persigue.

—¿Qué absurdo! Si yo contase con tu cooperación, ¡cuánto podría!

—Y tú ¿de qué dispones?

—De fuerzas físicas é intelectuales, que me permiten conseguir cuanto deseo, cuando cuento con los elementos necesarios para desarrollar mis aptitudes; pero como con frecuencia tengo que dedicar éstas exclusivamente á la producción de lo indispensable para atender á la satisfacción de las necesidades más inmediatas, pierdo mucho tiempo, y me atraso en el camino.

—¿Sabes que unidos hallaríamos uno y otro grandes ventajas?

—Podiera ser; pero me has dicho que te llaman tirano, y si mereces el nombre, como lo temo, cuando te lo han puesto, sería muy difícil que nuestra unión resultara conveniente para mí.

—No merezco el dictado que me dan, sino todo lo contrario: quien conmigo trata, aunque á primera vista parezca cederme la mayor parte de lo que produce, mejora su posición ostensiblemente: verás cómo. Tú no cuentas más que con tus fuerzas físicas é intelectuales; para que las utilices mejor, puedo ofrecerte albergue, vestido, herramientas, tierras en cultivo, semillas, frutos para que te alimentes hasta que recojas los productos del esfuerzo que hayas empleado, gno te convendría aceptar mi ayuda?

—Tal vez dependería de las condiciones que para prestármela estableciera. ¿Cuáles serían?

—No lo sé á priori: mas ciertamente te habrían de convenir, porque fuera cuales fueren te permitirían obtener con menos esfuerzo que el que ahora empleas, una suma igual de producto útil, ó con un esfuerzo igual una suma mayor de producto.

—Viéndome desvalido me explotarás; me reducirás al límite de lo que necesite para no perecer y me harás más desgraciado aun de lo que soy ahora.

—Te equivocas. Nuestro interés es armónico; cuanto tú hagas por mí, me ahorraré yo de hacer. Si te tiranizo, como eres libre, me abandonarás, y por mi propia ventaja no podré, aunque quisiera, obligarte á un esfuerzo mayor al que ahora está naturalmente obligado. Piénsalo y dime: si puestos de acuerdo vieses que sólo estabas mejor que en mi compañía; si otro, no importa por qué causa, te ofreciese mejor partido que yo, ¿continuarías conmigo?

—Claro que no.

—¿Qué te detiene entonces?

—No lo sé.

—Voy á decírtelo. No es la duda de que mejoraras, lo cual ves claro; es el recelo de que yo mejoraré más que tú; es la envidia.

—Podiera ser. ¿Quieres decirme quién eres?

—Soy el Capital.

—Yo soy el Trabajo. Siempre he oído decir que eras mi enemigo, ¿cómo quieres, pues, que te siga?

—Ya te he dado razones para probarte que, lejos de ser tu enemigo, soy tu amigo mejor, puesto que puedo facilitarte la vida; reflexiona y resuelve. Si miras mis ventajas, me juzgarás tirano; si miras las tuyas nos entenderemos.

—Pues bien, acepto tu ayuda; en último término, donde ahora estoy siempre puedo volver; si encuentro proporción mejor, nadie me impedirá cambiarla por esta.

—Es evidente; libres los dos sacará cada cual el partido posible de sus aptitudes respectivas.

Desde entonces andan juntos por esos mundos de Dios, el Trabajo y el Capital, reproduciéndose éste con los ahorros de aquél, y facilitando el segundo los ahorros al primero, ó sea favoreciéndose mutuamente uno á otro. Y de manera aun más ostensible se favorecerían si de cuando en cuando no tuviesen ambos amigos entre sí sus reyertas, instigados por pensadores, que al considerar imperfecta la obra de la Naturaleza, andan rompiéndose la cabeza para corregir deficiencias imaginarias por medio de inventos y de disposiciones que gravan notablemente los males que se proponen remediar.

P. PASTOR Y OJERO.

COLABORACION INEDITA.

EL PAQUETE EXPLOSIVO.

El insigne doctor Ezquerdo ha celebrado el 15 aniversario de la fundación del manicomio de Carabanchel. ¡Brindo desde aquí por la salud del célebre médico español! ¡Brindo por la salud de vesánicos que sufran delirios desagradables y estoy por brindar porque no salgan de su delirio aquellos que padezcan una de esas envidiables locuras por las cuales todo se vé de luz y color de rosa: así ellos serán felices y el manicomio no perderá sus mejores huéspedes.

El festival de locos y cuerdos me ha recordado una aventura que hubo de ocurrir á un mi amigo hace años en la casa de salud que dirigía el doctor Soarez en los alrededores de Lisboa.

He aquí la narración de mi amigo: La señorita Herminia Vasconcellos, una muchacha pálida y delgada, de cutis trasparente y grandes y rasgados ojos negros, era para las imaginaciones soñadoras una seductora niña: extraña y preciosa flor de un curioso consorcio del ingerto en una ardiente naturaleza tropical de un humor inglés de lo más refinado; en el cerebro de la niña se habían combinado las exquisitas y extravagantes delicadezas del misticismo anglo sajón y

LUCI.

197

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA. -196

LUCI.

193

—Pero ¿son del dominio público?
El Ingeniero guardó silencio.
—¡Pues no!—dijo Luci tomando la palabra.—Estoy contando á tío Alberto un cuento de los que hicieron las delicias de mi infancia.
—¿Del que es?
—De hadas.
—Magnífico. ¿Y qué título tiene?
—Sensitiva.
—Me gusta: continúa, si no te molesta un oyente más.

Luci lanzó furtiva y rápida mirada al Ingeniero buscando en él inspiración, pero se embotó en su seria impasibilidad. Nada asomaba á los ojos que su padecimiento había agrandado y entristecido, nada á sus labios: comprendió que estaba entregada á sí misma y á pesar de toda la firmeza de resolución que la había llevado á tomar la iniciativa con Alvarado, hubo de encontrarse cortada é indecisa. Su voluntad hizo el milagro de que dominara irresoluciones, turbación y disgusto; púsose de nuevo á la altura en que se había colocado y tras los brevísimos instantes de incertidumbre que concluimos de apuntar; sonriente y respetuosa como no dejaba de verlo nunca con el canónigo dijo: —Tío Julián, el oyente solo con prestarse á serlo me llena de orgullo, pero no me atrevo á seguir contándole.

ta se cierra para que nadie le profane, ni le mancille, ni le robe un átomo á la integridad de sus venturas; un mundo que mientras se posee, es la vida; que cuando se pierde todo concluye porque la muerte viene con la sombra que invade su vacío.

Escuchándole, Luci sonreía pero sus labios comenzaron á secarse y su corazón á latir sordamente. Hizo un esfuerzo poderoso para sustraerse á la sensación que principiaba á consagrarse y en tono ligero replicó:

—Pues, nada, nada de eso dice el cuento, pero es posible que sucediese.

—Tengo por seguro: sucedía... á través de las apariencias.

La política extranjera había dejado insensiblemente el sitio á la nacional en el círculo inmediato, y entre los que departían, mediaban diferencias esenciales de principios, ideas y aspiraciones. El canónigo Santiaguista, harto conocedor de los escollos que encierra la controversia; de sobra apegado á sus ideales para asistir pasivo y mudo á su juicio contradictorio, rehuyó seguir la discusión en su nueva fase, y separando su sillón del estradillo volvió al velador y con su acostumbrada soltura preguntó:

—¿De qué estais hablando, hijos?

Alvarado se adelantó á Luci y en tono natural.

—De cosas muy peregrinas, Pater,—respondió oportunamente.

el tono de narración con deliciosa infantil sencillez, dió comienzo al cuento diciendo de esta manera.

—Pues señor, allá en los buenos tiempos de las hadas, había una cuyo nombre era Luz de cielo. El nombre decía la condición: era benévola, dulce y de singular acierto en todo. Esta hada había sido madrina de un príncipe á cuyo nacimiento hubo de asistir, regalándole el privilegio de ser singularmente estimado y más singularmente aun querido, y éralo en efecto, hasta del aire, que para él se convertía en céfiro siempre blando y acariciador. Con su primer beso, el príncipe recibió de su madrina el nombre de Silencioso y no es necesario decir que también en el príncipe la condición respondía al nombre. Si hablaba era consigo mismo, llegando á ser tal su reserva, que nadie, por mucho que discursiese y se afanase, podía descubrir lo que discutía con su propio pensamiento. Por lo demás era muy noble, muy digno, generosísimo y tan celebrado, así por sus méritos como por su privilegio, que la hipérbole quedaba pálida al emplearla en su aprecio.

La tenaz y profunda mirada del Ingeniero, parecía caer á plomo sobre Luci, en quien obraba tan poderosamente, que en el instante la producía algo muy parecido al vértigo; más luchando con su impresión y sobreponiéndose á ella: armada de su vara de nardos que al accionar sacudía saturando el ambiente de su